

En el tercer centenario de la muerte de Cervantes

Hace hoy tres siglos cabales que murió en Madrid, a la edad de sesenta y ocho años y en una pobre casa de la calle de León, Miguel de Cervantes Saavedra. Una dolencia cruel, que la ciencia moderna supone haber sido la arterio-esclerosis, apagó el cerebro más noble y poderoso que ha engendrado la raza española. Ese cerebro que poco más de un año antes había puesto punto final a la segunda parte del *Quijote*, estaba intacto y hasta el último instante despidió rayos de genio.

El corazón fué lo que flaqueó en la robusta naturaleza de Cervantes. Los mil infortunios de su vida no pudieron doblegar la fortaleza prodigiosa de su mente; pero rindieron el corazón, cuya blandura se revela en toda la obra del coloso, impregnada de una sentimentalidad que encontró su mejor expresión en el honesto amor de don Quijote por Dulcinea.

La gloria de Cervantes es la más envidiable de las glorias literarias. Su *Quijote* es el único libro que merece con justicia el calificativo de universal y no hay hiperbólica ponderación en decir que todo hombre que habla un idioma civilizado conoce su existencia, o cuando menos al protagonista. Hasta para los que ignoran los personajes bíblicos, los de Homero y los de Shakespeare, don Quijote no es un desconocido; y es digno de notarse que al revés de lo que sucede con los demás genios de las letras, el nombre de Cervantes es menos conocido que

el de su obra, por ser ésta de una grandeza tan soberana, que hace sombra a su mismo creador.

Aun en los países de habla española, la mayor parte se contentan con saber que Cervantes escribió el *Quijote*, que fué pobre y desdichado, que perdió una mano en Lepanto y estuvo en la cárcel. Relativamente pocos son los que tienen nociones más extensas de la vida y personalidad del varón excelso que dotó al género humano de un libro con que desde hace más de trescientos años se deleita y cuya popularidad no mengua.

Y sin embargo, si alguna vida merece ser conocida y estudiada es la de Miguel de Cervantes Saavedra. A medida que en ella más se penetra, crecen la admiración, el respeto y la simpatía que inspira el hombre desvestido de la gloria literaria. Cervantes no ha menester, como otros, de indulgencia en lo privado, ni de que se le perdonen yerros en aras de su genio. Fué bueno, caballero y honrado a carta cabal y a este respecto ninguno de los grandes escritores del Siglo de Oro puede equipararsele, con excepción de don Francisco de Quevedo.

Fué, además, la personificación de las virtudes de su raza en la época en que ésta había llegado al apogeo de su grandeza. Era por los cuatro costados un buen español del siglo xvi. Si hubiese nacido cincuenta años antes, habría figurado en las filas de los conquistadores de América; pero sólo llegó a tiempo para tomar parte en la última epopeya, a las órdenes del último paladín. La mañana del 7 de Octubre de 1571 lo sorprendió abrasado de fiebre a bordo de la galera *Marquesa*. A los gritos de que el enemigo está cerca, se levanta y acude tambaleando sobre cubierta. Viéndolo en tal estado, sus jefes y compañeros lo instan para que vuelva a la cama. Cervantes les contesta con romana sencillez: «¿Qué dirán de mí, si no hago lo que debo?»; y no sólo no accede a sus ruegos, sino que reclama el sitio de mayor peligro. Don Quijote no se habría portado de otro modo. Obtiene lo que pide y en el sitio que se le designa una bala de mosquete le rompe la mano izquierda y otras dos le agujerean el pecho.

Quien así supo combatir en defensa de su patria y de su Dios; quien más tarde, cautivo de los turcos en Argel, dió repetidas pruebas de audacia temeraria y valor sin límites, a la vez que de la más noble abnegación, era digno de ser padre del más esforzado, gentil y generoso de los caballeros andantes. El heroísmo del cautivo cristiano se impuso a la admiración de los bárbaros y le salvó la vida. No se atrevieron a quitársela, como tampoco habría osado ninguno atentar contra la de don Quijote, si a éste le hubiera venido en gana buscar aventuras en tierra de infieles.

Veinticuatro años tenía Cervantes cuando contribuyó a desbaratar la escuadra de Ali-Bajá, con la que se fué a pique para siempre el formidable poderío del Islam, que amenazaba destruir la civilización cristiana. El joven soldado, que al día siguiente de la batalla tuvo la honra de que le visitase el bizarro don Juan de Austria en el lecho en que yacía desangrado y de oír palabras de encomio y de aliento de sus labios, había hecho ya también sus primeras armas en el campo de las letras. Los versos que escribió en la adolescencia habían circulado en Madrid y merecido elogios. Cervantes pudo aprovechar su talento poético para quedarse viviendo en la corte de las migajas caídas de la mesa de alguno de los grandes señores que por ostentación daban limosna a los ingenios desvalidos; pero su sangre hidalga que bullía en sus venas y la noble ambición que lo animaba pedían independencia, aventuras y peligros. A Italia fué a buscarlos, y en las bellezas artísticas de aquel país privilegiado, en la dulzura y alegría de su vida libre encontró su mocedad los deleites con que soñaba y en la jornada de Lepanto los peligros y la gloria de las armas, la más grata de todas para su corazón de soldado.

La batalla de Lepanto y el cautiverio de Argel son los capítulos heroicos de la vida de Cervantes. El primero, que sólo duró algunas horas, es alegre y resplandeciente como la misma victoria, a pesar de la sangre derramada; el segundo, sombrío y profundamente doloroso, se pronon-

ga durante cinco años; pero en tan dura escuela adquiere su alma ese temple damasquino que ha de permitirle sobrellevar con estoica resignación e inalterable buen humor los embates de la adversidad.

Cervantes volvió a España para seguir luchando con la pobreza, que fué su compañera inseparable desde la cuna hasta la tumba. La esperanza que pudo concebir de que su heroísmo y sufrimientos tendrían su recompensa, no tardó en trocarse en desengaño; y como ya los entusiasmos juveniles se habían desvanecido, colgó la espada para volver a esgrimir la pluma con que había de ganar en las postimerías de su vida una victoria más sonada que la misma de Lepanto.

Pero antes de que llegara este glorioso día, qué de congojas y desdichas. Cervantes arrastra una vida miserable. Se gana afañosamente el pan recaudando impuestos y tributos, y sin embargo, en el desempeño de oficio tan odioso, logra hacerse de amigos fieles. En sus constantes peregrinaciones y tratos con el pueblo descubre los secretos del corazón humano y aprende esta risueña filosofía con que está amasado el *Quijote*. Si no hubiese recorrido cien veces las aldeas y fraternizado con villanos, su mente no habría podido forjar la panzuda y regocijada personalidad de Sancho.

Medio siglo de vida contaba Cervantes, cuando su mala estrella lo llevó a la cárcel de Sevilla. En las de Castro del Río y Madrid había estado antes, aunque pocos días. ¿Por qué fué a la cárcel confundido con criminales, hampones y rufianes aquel hidalgo incapaz de cometer una mala acción? Por lo que a ella iban entonces muchos hombres honrados que tenían la desgracia de ser pobres. Por no poder pagar sus deudas. De su pluma habían salido ya la *Galatea*, comedias, entremeses y versos, escritos en medio de sus andanzas y tribulaciones; con todo, Cervantes sólo era en apariencia uno de los muchos ingenios de aquella época tan fecunda para las letras españolas, que había llegado al otoño de la vida sin producir nada verdaderamente grande.

Y era que la gestación de la obra inmortal que había de llevarlo al pináculo de la gloria había venido haciéndose

insensible y lentamente en su cerebro. Esta obra sólo aguardaba ya para nacer, que el hombre que la había engendrado encontrase un punto de reposo, aunque fuese entre los muros de una cárcel. En la de Sevilla comenzó Cervantes a escribir la primera parte del *Quijote*, que no fué impresa hasta ocho años más tarde.

Si la brega había sido larga, el triunfo fué instantáneo y completo. Las ediciones se multiplicaron; el nombre de Cervantes, hasta aquel momento relativamente obscuro, estaba en todas las bocas y su libro en todas las manos. Ni antes ni después del *Quijote* ha despertado una obra literaria entusiasmo tan grande ni aplauso tan unánime, y el acierto de este juicio popular lo ha confirmado y enaltecido la posteridad. La ola de admiración invadió en un instante hasta los últimos rincones de España y salvando las fronteras fué extendiéndose veloz por toda la Europa civilizada. Un caballero del séquito del Embajador de Francia en Madrid, exclamaba algunos años más tarde, al enterarse de que Cervantes era viejo, soldado, hidalgo y pobre: «¡A tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del Erario público!» Lo que he oído por otro francés provocó de su parte esta réplica: «Si necesidad le ha de obligar a escribir, plega a Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico a todo el mundo.»

De un salto se había colocado Cervantes por cima de los grandes ingenios de todos los tiempos, con un libro único, de una sencillez encantadora, sin artificios literarios y de una hermosura grandiosa y apacible, como las obras de la Naturaleza; un libro que seducía todos los ánimos, porque era vida y era verdad. Decir que así como Colón no supo que había descubierto un nuevo mundo, Cervantes no tuvo conciencia del valor de su obra, es un error burdo. El mismo don Quijote se encarga de contestar a esto, cuando dice: «Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia.»

Cervantes fué un sentimental, como lo era don Quijote. En sus obras, el amor no respira nunca la sensualidad y va siempre acompañado de los más puros sentimientos.

De su vida erótica sólo ha trascendido el nombre sonoro y poético de la mujer que le inspiró el mayor de sus amores, de la madre de su única hija doña Isabel de Saavedra. Ana Franca se llamaba la Dulcinea de Cervantes; pero más afortunado en esto que el rendido caballero de los Leones, logró ver correspondida su pasión.

Bendigamos la memoria de Ana Franca por haber amado a Cervantes; bendigamos a la mujer en cuyo regazo cariñoso reclinó su frente cargada de genio y de pesares; a la mujer desinteresada a quien debió los goces de la paternidad. Quienquiera que fuese Ana Franca, el amor de Cervantes la inmortaliza, como el de don Quijote ha hecho impereccera a la pobre aldeana Aldonza Lorenzo.

Pero no es creíble que Cervantes se enamorase tan hondamente de una mujer vulgar. Antes bien hemos de suponer que Ana Franca era discreta, soñadora y tierna, capaz de comprender al hombre que con tanta fineza la amaba y de estimarlo en lo que valía. Séanos también permitido imaginar que era bella, que sus ojos eran negros y amorosos, su talle esbelto, sus cabellos abundantes y sus manos idealmente finas, como las de la dama desconocida que pintó Pantoja de la Cruz.

Ana Franca no vivió lo bastante para gozar del triunfo de Cervantes. Los días de gloria habían llegado para éste en la vejez pero no así los de felicidad. Lo abrumaba siempre la pobreza, y a los sinsabores domésticos se añadía la malevolencia de los envidiosos. Pero nada lo mortificó tanto como la superchería del *Quijote* de Avelleda, cuyo autor anónimo tuvo la vileza de insultar soezmente al heroico soldado de Lepanto. Cervantes era ya un anciano de sesenta y seis años y acreedor, por mil títulos, al respeto universal. El villano que de tal modo lo injurió hizo bien en ocultar su nombre librándose así de que la posteridad lo clavase en la picota de los malvados. La venganza de Cervantes fué digna de su grandeza. Se apresuró a dar a la estampa la segunda parte de su *Quijote*, que vino a superar lo que parecía insuperable.

Es tan colosal la obra maestra de Cervantes que, como

se ha dicho ya, hace sombra a su autor y por la misma razón a las demás que brotaron de su pluma, aun cuando todas estén marcadas con el sello del genio. Entre éstas puede citarse más de una, como las *Novelas Ejemplares*, que bastaría para que su nombre hubiese pasado a la posteridad con los de los más ilustres escritores de su tiempo.

El vigor y la frescura juvenil del cerebro de Cervantes fueron verdaderamente extraordinarios y agotarlos no pudo ni el parto prodigioso del *Quijote*. De la mano que con tanto denuedo había empuñado la espada en Lepanto, no cayó hasta el postrer aliento la pluma que escribió un libro que será leído mientras existan hombres sobre la tierra.

RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA

De *La Información*, 23 de Abril de 1916.

Germani ad praedam. La frase de Tácito conserva todo su valor. El alemán, si en la paz no alcanza lo que desea, lo busca por la guerra, empeñado siempre en vencer.

Soberbio, es hoy en España el epíteto más honroso. Como que se llama soberbia al sentimiento de la propia dignidad, sin el cual no cabe el sentimiento de la dignidad ajena.

MIGUEL DE UNAMUNO



Podemos servir suscripciones de **TODOS** los números de "EOS", desde el primer cuaderno.